

nantes católicos hace falta que nosotros mantengamos bien alta la luz de la doctrina de la Iglesia. Citó la frase de San Pío X que nos sirve de lema: «No se edificará la ciudad de un modo distinto a como Dios la ha edificado...»; es indispensable que se reconozca el origen divino del poder.

Tras poner la mirada en el presente, una mirada optimista, reconociendo las mejoras que han sobrevenido al postconcilio, nos instó a no cesar en nuestra labor, sembrar, puesto que tenemos la promesa del ciento por uno, buscando siempre la eficacia y pidiendo la ayuda divina.

M.<sup>a</sup> JOSÉ FDEZ. DE LA CIGÜÑA.

## DISCURSO DE FERNANDO CLARO CASADO

Señoras y Señores, queridos amigos de Speiro:

*Es para mí un placer, y al mismo tiempo un honor, tener la oportunidad de dirigirlas unas breves palabras en esta, entrañable especialmente para mí, conmemoración de San Fernando, Rey Santo conquistador de Sevilla.*

*Yo creo que el nombre de la ciudad de Sevilla va unido inseparablemente a Fernando III el Santo, pues no sólo fue el conquistador de la misma para la fe de Cristo, sino que desde muy pronto ocupa un puesto principal en la ciudad que le considera como su Patrón.*

*El 22 de diciembre de 1248 se efectuó la entrada solemne del Rey Fernando III, y su ejército, por la Puerta Real, según cuenta la crónica general, con una brillantísima y especial comitiva con la que quiso el Rey distinguir precisamente la conquista de Sevilla.*

*Presidía la comitiva el Santísimo, que iba en una custodia sobre andas que rodeaban los prelados y una carroza triunfal en la que iba colocada la imagen de Nuestra Señora, a la que acompañaban el Rey Don Fernando con la espada desnuda, y, a su lado, la Reina Doña Juana, los Infantes de Castilla y Aragón y de Portugal, y el caballero Uberto, sobrino del Papa Inocencio IV.*

*Ocupada la ciudad, y tomada posesión de ella, quedó el Rey Don Fernando reorganizando la vida local y dotándola de su legislación municipal.*

*Su hijo, el Príncipe Alfonso el Sabio, iba sumando nuevos territorios cercanos conquistados a los moros: Sanlúcar, Jerez, Medina Sidonia, Arcos y Lebrija, y otros.*

*Estaba el Rey Don Fernando preparando ya la ampliación de sus conquistas al otro lado del Estrecho, cuando en la primavera de 1252 se sintió atacado de hidropesía permaneciendo gravemente enfermo en su habitación del Alcázar de Sevilla.*

*Presintiendo el Rey que se la acercaba la muerte, en la noche del 30 de mayo de 1252, pidió al Obispo de Segovia, Don Remondo, su capellán, que le administrara el Santo Viático. Para recibirlo, el Rey salió de su lecho, y, con una soga al cuello en señal de penitencia, y colocados*

en el suelo el cetro y la corona, como renuncia a todos sus bienes terrenales, dijo: «Desnudo sall del vientre de mi madre y desnudo he de volver al seno de la tierra».

Posiblemente de fecha muy poco anterior a su muerte data la imagen de la Virgen de los Reyes, Patrona de la ciudad de Sevilla, que según tradición fue labrada por dos jóvenes artistas, en quienes la piadosa leyenda quiso ver dos ángeles que premiaron con tan preciosa dádiva la piedad del Santo Rey.

Fue enterrado en la Catedral de Sevilla, hasta que en el año 1668, y con motivo de su beatificación se procedió a la apertura de su sepulcro en la Capilla Real, el 17 de marzo de aquél año, encontrándose el cuerpo incorrupto, vestido con ricas telas adamascadas con adornos de castillos y leones. En el ataúd había un bastón, una sortija con una piedra azul y la espada con puño de plata. Levantóse el acta de estar el cuerpo incorrupto y de no aparecer señal de haber sido embalsamado, lo que fue certificado por dos grandes médicos y eruditos de la época.

El 3 de marzo de 1671 llegó por fin a Sevilla el Breve Pontificio por el que se canonizaba a San Fernando, produciéndose gran alegría en la ciudad.

Ya desde su muerte gozaba el Santo Rey de cierta fama de santidad entre el pueblo, por eso el día 15 de octubre de 1252, el Papa Inocencio IV despachó una Bula con perdones para los que visitasen la Iglesia donde fue enterrado y orasen por el alma del Rey Don Fernando el día aniversario de su muerte, creyéndose que había caminado por la vía de los preceptos del Señor, «ensanchando magníficamente el culto de su Nombre».

Antes de morir ofreció a su hijo y sucesor Don Alfonso el Sabio consejo que recoge la Crónica General, y que os comento a continuación; robustas palabras llenas de verdad y de grandeza.

«Hijo mío: reinad como quién ha de morir, así no os envaneceréis reinando. Reinad sabiendo que tenéis un Rey Superior que ha de juzgaros. Cuanto mayor beneficio se recibe mayor deuda se contrae, y no hay más alto beneficio que la Corona. No tengáis sólo presente el juicio de Dios sino también el de los hombres. Es preciso que mire mucho por sí aquél a quien miran todos. Aunque para Dios baste la verdad, para los hombres tanto como la verdad vale la opinión. No sólo os serán pedidas cuentas de vuestras acciones sino de las de vuestros vasallos. Elegid consejeros, ministros y validos no por afecto sino por dictamen de la razón. El buen príncipe ha de ser magnífico y generoso pues Dios lo da todo. El es nuestro primer acreedor en sus pobres y en sus templos.

Sobre los soldados he de deciros, qué pago, qué agradecimiento se merecerán si el mérito para conseguirlo es el riesgo continuo de su vida. Y si los guerreros dan la corona los sabios dan la razón para poseerla. La Justicia tiene más fuerza que los aceros. Quiero que mi herencia preñada por vos sea el odio a los enemigos de Cristo.

Si así lo hicieréis recibid mi bendición, y si no lo hicieréis, mi maldición».

Sólo por sí mismas, yo creo que estas palabras del Rey San Fernando debieran servir de prólogo, y ser tenidas en cuenta, en todo estudio de Derecho Político, por su innegable e imperecedero valor.

También creo que la vida y la muerte de San Fernando son una continua enseñanza para todos los hombres; y, principalmente y sin excusa, para todos aquellos que tienen cargo de gobierno en la tierra.

La vida de San Fernando transcurrió toda ella en el más absoluto

*cumplimiento de sus deberes de rey y de santo, que todos deberíamos saber adaptar a nuestras vidas concretas.*

*Su vida puede considerarse como modelo insuperable de lo que la gracia de Dios, acompañada de una fidelidad profunda, puede hacer de una vida humana.*

*Y en el momento de su muerte, ese momento acaso el más trascendental e importante en la vida del hombre, porque se concentran en ese instante todas las aspiraciones, todas las ilusiones y todas las realizaciones de la vida, el Santo Rey repasó en su imaginación los hechos fundamentales de esa vida tan llena de hazañas, de prudencias y de grandeza, y con una profesión de fe magnífica pronuncia, delante de sus deudos y vasallos, aquellas palabras de oro, aquellas palabras que constituyen una de las claves fundamentales de nuestra historia de España. El se considera, sobre todo, resumiendo lo que ha sido su vida, Rey de Castilla y Caballero de Cristo. No ha querido ser más. Rey de Castilla y Caballero de Cristo.*

*El lo dijo de sí, pero yo creo que al decirlo de sí, lo dijo pensando en su legado a todos los españoles venideros. Para que cumpliera cada uno con su deber, con su puesto en la vida, y que lo cumplieran teniendo en cuenta siempre su último fin.*

*Y así me parece que acertó en aquella remota época a dar con el término exacto que define de una vez para siempre los anhelos más profundos del alma española. Nosotros hemos sido grandes cuando hemos realizado lo que teníamos que hacer, nuestras grandes hazañas como pueblo, puestas nuestras miras y nuestras aspiraciones en lo más alto, como caballeros de Cristo, y para servirle.*

*Porque merced al ejemplo y merced a la maravillosa unión que en San Fernando se fragó entre la santidad y la realeza, entre lo profano y lo divino, entre la Patria y la Religión, todos los españoles bien nacidos hemos de sentirnos profundamente definidos en esa misma unidad del sentimiento religioso con el sentimiento patriótico.*

*Y la segunda idea, consecuencia de la anterior, que me gustaría resaltar brevemente ya, es la que yo considero como más característica, más profunda, de esa vida ejemplar de San Fernando.*

*Es la fidelidad inquebrantable del santo a la gracia divina. En su vida y en su muerte el carácter profano de la realeza y el carácter divino de la santidad no están superpuestos, sino profundamente unidos.*

*Para ser santo pensó San Fernando que debía ser perfecto Rey, y para ser perfecto Rey, pensó que debía ser santo.*

*Porque en él la perfección del Rey y la plenitud de la santidad constituyen una unidad profunda.*

*Me parece que ese es el secreto de la santidad. Santo es aquel hombre que logra fundir en la unidad indivisible de su propia existencia su labor y ministerio profano con su labor y ministerio divino. El que, por el contrario, vive una vida que separa y distingue entre lo profano y lo divino, el que no funde en unidad la religión y la vida, ese tropieza enseguida con los límites de su santidad y con los límites de su humanidad.*

*Solamente quien como San Fernando sabe juntar en una unidad indivisible la santidad y la humanidad, poniendo toda su humanidad, al servicio de Dios, y haciendo todo para su mayor gloria, es el verdadero y auténtico Santo.*

*Desgraciadamente no vivimos hoy en España una exaltación de estas ideas. Hoy la mayoría de los españoles no parecen querer saber nada del legado de aquel Rey de España, y mucho menos de aquellos senti-*

mientos suyos a la hora de su muerte, porque el alma española esta profundamente cambiada y corre por derroteros equivocados.

Tampoco queremos volver a unir lo profano y lo divino. Hoy se pretende relegar a Dios al fondo de las conciencias, a la interioridad de cada uno, pero no para que desde allí guíe e ilumine sino para que no se le vea, para que quede relegado exclusivamente a la vida privada de cada uno, para que no se violenten las conciencias de los demás ni se manifieste externamente nada, ya que cada uno tiene derecho a persistir en el error, éste y la verdad tienen ya el mismo rango; toda verdad es relativa, depende en último caso de la mayoría; se dice que el progreso, ese concepto usado tan equivocadamente en nuestros tiempos, ha dejado atrás a Dios y que éste ya no es necesario a un hombre tan civilizado y tan tecnificado como el de nuestra época.

Pero estas ideas han producido nuestra ruina y nuestra postergación como pueblo.

Pero, además, ¿qué progreso estamos ganando? El del error en las ideas, el desorden en las costumbres, horribles crímenes contra los hombres, falta de ética por doquier, de respeto a la autoridad y a los mayores, de dignidad, en definitiva, el de ser cada vez menos hombres. El de que casi nadie sepa ya hoy cumplir con su deber para con Dios y para con los demás hombres.

Volvamos nuestra mirada a San Fernando, reflexionemos sobre su vida y su ejemplo, interpretemos su mensaje a nuestras necesidades de hoy, que me parece que tiene una fácil adaptación, y él nos proporcionará y nos iluminará el camino a seguir por Dios y por España.

## DISCURSO DE ARMANDO MARCHANTE GIL

Señoras, señores, estimados amigos de «Ciudad Católica»:

Celebramos hoy la conmemoración de nuestro Santo Patrono Fernando III de Castilla que, junto con la Reunión Anual de los Amigos de la Ciudad Católica, constituyen los dos hitos que colocamos a lo largo del año para situar nuestra tarea, hacer balance y marcar nuevas metas que permitan proseguir nuestro esfuerzo en la misma dirección: promover el reinado de Cristo a través de la presentación a la sociedad del mensaje contenido en la enseñanza social de la Iglesia.

Comprenderéis fácilmente las dificultades que tengo para dirigirme a vosotros después de quienes en años anteriores, y en este mismo, han hecho uso de la palabra en tan señalada ocasión, pero el hábito de la disciplina puede en mí más que el conocimiento de mis propias limitaciones. Carguen, pues, los organizadores con la responsabilidad de mi seguro desacierto.

Por otra parte, soy persona poco propicia a la nostalgia como tal vez correspondiese a mi edad y, por lo tanto, no voy a recordar demasiado la experiencia acumulada desde hace treinta años, ya que tuve la fortuna de estar presente en la primera reunión de la Ciudad Católica que tuvo lugar en el monasterio de El Paular. Sí quiero subrayar especialmente que si entonces contábamos con el magisterio de Eugenio Vegas y de tantos de sus acompañantes, que lamentablemente ya no están con nosotros, hoy tenemos la inmensa satisfacción de saber que de aquella semilla muchos granos cayeron en tierra fertilísima y que, gracias a Dios, ahora